



**Conferencia: Í Paz y desarrollo sostenible: la experiencia de Costa Rica**  
**Universidad de Naciones Unidas**  
**Visita Oficial a Japón**  
**Señora Presidenta de la República de Costa Rica**  
**Laura Chinchilla Miranda**

Señoras y señores:

Es un honor dirigirme a ustedes en esta fría tarde de invierno, en la cual espero que el frío sea de sobra compensado por el calor humano de Costa Rica y por nuestra entrañable amistad con este majestuoso país que es Japón. Mi visita conmemora 75 años de relaciones diplomáticas entre Costa Rica y Japón, las cuales han dado dimensión oficial a esa amistad,

y han contribuido a forjar vínculos cada vez más estrechos y productivos a través del vasto Océano Pacífico que compartimos.

Es desde esos lazos, desde nuestra relación sincera y profunda, desde nuestras preocupaciones comunes y objetivos compartidos que me dirijo a ustedes para reflexionar sobre la relación entre paz y desarrollo sostenible, y la experiencia de Costa Rica en ambos campos.

Tengo la firme convicción de que la amistad, el respeto mutuo y la prudencia son los elementos fundamentales de los cuales se nutre la paz. Tal convicción la compartimos todos los costarricenses. Desde hace 63 años apostamos por la paz aboliendo el ejército, y nos comprometimos ante el mundo y ante nosotros mismos a que jamás causaremos una ofensa militar a ninguna otra nación del mundo; mucho menos a nuestro propio pueblo.

Este valor de la paz, y la convicción sobre su relevancia universal, también se manifiesta con vigor en tierras niponas. La paz ha sido el principio rector de la cooperación que Japón generosamente ha promovido con las naciones del mundo. A lo largo de 75 años de fructífera relación diplomática, Japón ha sido uno de los más importantes cooperantes de Costa Rica, algo que reconocemos y agradecemos profundamente.

Para Costa Rica la abolición del ejército tiene un importante contenido de paz, pero también de desarrollo. El pasado 1 de diciembre se cumplieron 63 años desde el día en que un líder victorioso, una vez en el poder, decidió poner punto final a la existencia del ejército en el país. A lo largo de más de seis décadas, hemos sabido priorizar el gasto público hacia la mejora en las condiciones de vida y las oportunidades de nuestro pueblo, sin duda el más valioso de nuestros recursos. Hemos economizado cada centavo que hubiera sido gastado en armas y soldados, y lo hemos invertido en salud y educación. Esta ecuación ha dado como resultado un destacado desarrollo humano a pesar de nuestros limitados ingresos, pero también nos ha permitido pasar de ser un país de renta baja a otro de renta media, una categoría que plantea nuevos y también complejos desafíos.

Durante las últimas dos décadas, hemos logrado acompañar y beneficiarnos de la ola de crecimiento de la economía internacional, mediante una significativa diversificación de nuestra producción y servicios, el incremento del comercio exterior y la construcción de una imagen-país que, asentada en nuestras realidades cotidianas, atrae y agrada a quienes nos visitan.

Con poco más de cuatro millones y medio de habitantes, nuestro país es visitado anualmente por más de dos millones de turistas extranjeros. Muchos

de estos turistas son atraídos por la belleza escénica de nuestra tierra, por los desafíos de aventura en ríos, mares y montañas, y por la rica biodiversidad que salta a la vista en cada rincón del país. Pero también los atraen e inspiran nuestros avances en desarrollo sostenible, y el conocimiento de que nuestra estrategia de crecimiento se asienta en el equilibrio entre producción y desarrollo; entre la satisfacción de necesidades inmediatas y la consolidación de las bases para seguir avanzando hacia el futuro.

Pensamos que, de manera intuitiva, nuestros visitantes perciben la relación que hay en Costa Rica entre integración social, libertad política, respeto al ambiente y paz.

Nuestra fórmula de desarrollo, de armonía con el medio ambiente, nos ha llevado por interesantes caminos e innovadoras fórmulas de sostenibilidad. Este camino lo iniciamos hace más de cuarenta años cuando decidimos proteger bajo un régimen especial el 25% de nuestro territorio. En ese entonces constituíamos el país con mayor devastación forestal de nuestra región, hoy somos el país con más cobertura forestal del mundo. Los instrumentos que han hecho posible que Costa Rica sean considerado uno de los cinco países que más protege el medio ambiente, van desde la creación de incentivos financieros para promover la reforestación y el pago de otros servicios ambientales, hasta grandes esfuerzos de la administración pública por incentivar diversas maneras de generar energía renovable, limpia y segura. Hoy en día, generamos el 95% de la electricidad que consumimos a partir de fuentes renovables. La meta es alcanzar el 100% para el año 2015.

Sin embargo, la ruta a largo plazo presenta grandes desafíos, los cuales, a la vez, abren importantes oportunidades para la inversión productiva serie. Si queremos seguir impulsando nuestra economía con energías renovables por los próximos 40 años, requeriremos de grandes inversiones en infraestructura pública.

Requeriremos, además, de investigación, desarrollo e innovación en nuevas fuentes energéticas de bajo impacto ambiental.

Afortunadamente, nuestro país ha sido dotado de abundante riqueza natural, empezando por las vigorosas cuencas pluviales que nos dan hidroelectricidad, pasando por nueve majestuosos y activos volcanes de cuyas entrañas producimos geotermia, una envidiable cantidad de horas de sol al año que también pueden convertirse en energía, y vientos regulares en varias zonas del país, totalmente aptos para la generación eólica.

No podemos olvidar, además, la oscilación de mareas en el Océano Pacífico, una fuente constante de energía independiente de cambios climáticos.

Con el propósito de avanzar en el camino del desarrollo sostenible, Costa Rica se ha propuesto la meta de convertirse en uno de los primeros países carbono-neutral del mundo. Es un proceso que opera en dos vías: por una, la reducción de los gases de efecto invernadero que tienen una incidencia crítica en el clima del planeta;

por otra, el aumento de la biocapacidad de nuestra tierra y, sobre todo, de nuestros mares.

El bosque lluvioso crece nueve veces más rápido que otros bosques del orbe, lo cual le permite absorber, con demostrada eficiencia, grandes cantidades de gas carbónico. Y también esos bosques limpian y generan mucho del vapor de agua y oxígeno, que forman parte del más elemental ciclo de vida en el planeta: el ciclo del agua.

Costa Rica cuenta con diez veces más área en sus mares que en su territorio. Sin embargo, mientras protege legalmente casi el 30% del territorio, apenas logra cubrir 1% de sus mares, una tarea pendiente y urgente en nuestra agenda política nacional. Como en las demás dimensiones del ambiente, esta tarea tiene alcance global. Recordemos que los mares del mundo absorben hasta un tercio de los gases de efecto invernadero, por lo cual todos los países tenemos el deber de protegerlos y mantenerlos plenos de biodiversidad marina.

Costa Rica comprende plenamente que, si queremos lograr esta ambiciosa meta de ser carbono-neutrales, requeriremos de muy sólidas alianzas estratégicas más allá de nuestras fronteras. Justamente, esto es un elemento prioritario de la agenda que nos trae a Japón.

Japón entendió, hace seis siglos, la estrecha relación entre sus ecosistemas y su recurso hídrico; la simple noción de que si cortaban el bosque se quedarían sin agua.

Es un hecho admirable que este país, con una de las densidades poblacionales más altas del mundo, mantenga una cobertura natural superior al 70%. Es un país que eligió el desarrollo sostenible medio milenio atrás. Esta sensibilidad por la naturaleza distingue a este pueblo como un líder incuestionable en las aspiraciones de la civilización humana por alcanzar la sostenibilidad como instrumento de desarrollo y paz.

Amigas y amigos:

No debe sorprendernos que el cambio climático sea una crisis de tal magnitud, cuando cada año nuestro planeta pierde una cobertura boscosa equivalente a todo el territorio de Costa Rica, y los desiertos crecen a un ritmo dos veces mayor al territorio costarricense. Esto quiere decir que la lección que Japón aprendió hace 600 años algunos países todavía luchan por incorporarla a sus principios de desarrollo.

Aunque son muchos los factores que inciden en las particulares modalidades de desarrollo de un país, creemos que la apuesta a la sostenibilidad ha contribuido al extraordinario desarrollo humano de Japón, a que tenga una de las tasas de expectativa de vida más altas y de mortalidad infantil más bajas del mundo, y a que, según el Índice de Paz Global, sea el tercer país más pacífico de la lista, un honor al que todos debemos aspirar.

Japón también logró insertarse en la economía global décadas antes de que se comenzara a hablar sobre globalización. Docenas de marcas comerciales japonesas conquistaron todos los rincones del planeta, gracias al ingenio, la calidad, la logística y la capacidad de producción. Muchos líderes empresariales del mundo han estudiado y aprendido del reconocido *kaizen* japonés, esa sorprendente capacidad de optimizar insumos y recursos en las cadenas globales de producción. Japón goza, globalmente, de una de las mejores marcas-país de nuestra época.

Pero más allá de lo ya logrado, Japón se lanza a los grandes desafíos con decisión. La intención de multiplicar por cinco su producción de energías renovables durante los próximos diez años, hace prever que el país busque afanosamente soluciones para los problemas energéticos y ambientales, tanto domésticos como internacionales. Si Japón logra hacer de los paneles fotovoltaicos lo que hizo del *Walkman* la televisión, tenemos razón para creer que la globalización inteligente y sostenible seguirá siendo impulsada desde estas tierras que hoy me reciben.

Costa Rica aspira a ser un socio activo y constructivo en esta tarea.

Así como Japón descuella por su notorio liderazgo, América Latina lo hace como una de las regiones más ricas del mundo en materia energética, ambiental y, por ende, económica. Nuestro continente contiene 40% del agua potable, así como el 50% de toda la biomasa boscosa del mundo. Esto significa que, mientras en el planeta comienza a escasear el agua para uso humano, en Latinoamérica es un recurso abundante.

También, la región tropical, recibe más horas de sol al año que otras zonas del mundo, por lo cual ofrece un mayor volumen del recurso solar como fuente de energía. La fuerza de los volcanes que recorren el anillo de fuego en la costa Pacífica del continente americano, desde México, descendiendo por Centroamérica y bajando desde Colombia hasta Chile y Argentina, son fuente incalculable de energía geotérmica. Y la biodiversidad que albergan nuestros bosques y ecosistemas contienen incontable riqueza para la innovación en biotecnología, quizás la rama de la ciencia que protagonizará las invenciones que traerán mayor impacto a nuestra civilización en el transcurso del presente siglo.

Tristemente, estas riquezas no están libres de amenazas. La deforestación nos reduce el capital natural cada día y cada noche, mientras arden nuestros bosques en llamas. La contaminación de cuencas hidrográficas, ríos y mares, tiene un impacto profundo, negativo y a largo plazo en la calidad de esos ecosistemas.

Pero la más grave amenaza de nuestro exóticoecosistema latinoamericano es la violencia del ser humano contra sí mismo y contra el ambiente. Centroamérica es hoy una de las regiones más violentas del mundo. El narcotráfico es una industria de miles de millones de dólares, que consiste en crear redes de distribución de tóxicos que envenenan principalmente a los jóvenes, que son las personas más vulnerables y a la vez las más grandespromesas de nuestro progreso.

Como dijo años atrás un periodista inglés,~~%~~ el narcotráfico es la bomba atómica que detonó en América Latina.+ Así de costoso ha sido en vidas humanas, en salud, en hogares destruidos, en muertes violentas, en impacto económico negativo a largo plazo. La peor parte del conflicto aún no ha sido superada y no se vislumbra, a corto plazo, un punto de inflexión a partir del cual logremos decididamente controlar y dar por terminado este flagelo que nos corrompe y nos provoca tanto sufrimiento.

Por esto, es la armonía entre el ambiente y el desarrollo humano, ese enigmático concepto que tiene tan marcadas diferencias entre las naciones, la prioridad que nos ocupa esta tarde. La promesa de los derechos humanos, realidad tangible sólo en unos pocos países, no ha logrado materializarse como se concibió en la postguerra. Algunos pudieron más rápido que otros, y otros aún están muy lejos.

Desde una perspectiva de seguridad humana, los Objetivos de Desarrollo del Milenio renovaron la promesa de que para el 2015 habría significativos avances en el progreso en la calidad de vida de todos los seres humanos, pero en algunos casos ya no es posible alcanzarlos para esa fecha.

Mientras tanto, el gasto militar y armamentista en el mundo suma miles de millones de dólares cada año, monto suficiente para erradicar todas las pandemias que tienen cura, vacunar a todos los que pueden morir por enfermedades prevenibles, brindar educación para todo niño, llevar agua potable a cada hogar, y sacar de la pobreza extrema a todos quienes la padecen. Aún así, sobraría suficiente dinero para financiar el gigantesco costo de adaptación que nos anuncia el Convenio Marco de Naciones Unidas del Cambio Climático.

Pareciera, entonces, que debemos reaprender, en esta encrucijada de nuestra civilización, sobre los principios sobre los cuales basar nuestra aspiración de desarrollo, un progreso que forje al ser humano en armonía consigo mismo y con la naturaleza, y que, sobre todo, garantice a las futuras generaciones la posibilidad de aspirar a sus más grandes ideales y alcanzar la prosperidad.

Los desafíos de los tiempos requieren de un liderazgo que comprenda que todos los habitantes de este planeta somos ciudadanos globales, y que lo que deteriora a unos, nos deteriora a todos. Del mismo modo, debemos comprender que aquello que restaura y regenera la vida de unos, restaura y regenera la vida de todos. Este sentido de responsabilidad debe ser transmitido a cada persona en cada rincón del mundo. En palabras de

Marshall McLuhan, *No hay pasajeros en el Planeta Tierra: todos somos tripulantes.*

Ese liderazgo será más eficaz si forjamos estrechos vínculos entre naciones comprometidas con la creación de valor compartido para beneficios mutuos para ellas y el resto del mundo. Esta es la propuesta que hoy extendemos a Japón. Es una propuesta para que renovemos y reactivemos nuestra antigua amistad, para que relancemos las relaciones de cooperación, para que nos enlacemos como aliados, de manera que el valor del ser costarricense se encuentre con el valor del ser japonés y que de esos encuentros emerjan sinergias que enriquezcan la calidad de vida de ambos pueblos por los próximos 75 años de relaciones diplomáticas.

Japón ha sido, por milenios, resistente ante la adversidad, algunas naturales y otras causadas por el ser humano. Ha sabido reconstruirse con determinación y siempre ha elegido levantarse. Por esto no queda duda de que Japón superará el amargo trago histórico que le ha tocado vivir este año a raíz del terremoto más fuerte jamás registrado y de un devastador tsunami del que todos fuimos impotentes testigos.

Amigas y amigos:

Hoy he traído el calor del trópico en medio del invierno. Pero también he traído la fe inquebrantable que nos acompaña a quienes creemos que el futuro puede ser más próspero, más seguro, más justo, más armonioso y más sostenible para todos.

Es una fe compartida por Japón. Esperamos que desde este y otros principios comunes, sobre todo la paz y el valor del ser humano, sigamos avanzando como socios en un mundo cada vez más desafiante y fascinante

Muchas gracias.